

GUSTAVO GUTIÉRREZ

VIVIR Y PENSAR EL DIOS DE LOS POBRES

PREFACIO DEL PAPA FRANCISCO

Leo Guardado, editor



GUSTAVO GUTIÉRREZ

**VIVIR Y PENSAR
EL DIOS DE LOS POBRES**

Prefacio del papa Francisco

LEO GUARDADO, editor



Índice

Prefacio	
Papa Francisco	9
Presentación a la edición mexicana	17
Prólogo	
Leo Guardado	21
Nota del editor	41
Agradecimientos del editor	42
 INTRODUCCIÓN	
Hacer nuestra	
la memoria de Dios	45
Memoria y teología	47
Con ojos nuevos	49
Un hilo conductor	54
 PRIMERA PARTE:	
LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS	59
Capítulo I	
El SUR TAMBIÉN EXISTE	61
1. La irrupción del pobre	62
2. Con su pobreza auestas	69
3. La configuración de una nueva situación	77

Capítulo II

LA IRRUPCIÓN DEL POBRE, UN SIGNO DE LOS TIEMPOS 87

1. El escándalo de la pobreza 87
2. Un signo de los tiempos 95
3. El reto de la pobreza 103

Capítulo III

EL REINO Y LOS POBRES 109

1. Pobreza: ¿destino o condición inaceptable? 110
2. La Iglesia de los pobres: signo del Reino 116
3. Jesús y el Reino 126

Capítulo IV

¿CÓMO DECIRLE AL POBRE QUE DIOS LO AMA? 133

1. Un Reino diferente 134
2. Distinguir para optar 144
3. Desde el “insignificante” y “no persona” 150

SEGUNDA PARTE: RECONOCER EL ROSTRO DE JESÚS 157

Capítulo V

EN EL HORIZONTE DEL DON DE LA VIDA 159

1. En el principio era la gratuidad 160
2. Pobreza: negación de la vida y de la justicia 169
3. Conclusiones y precisiones 181

Capítulo VI

LIBERAR ES DAR VIDA 185

1. Memoria e historia 185
2. El Reino y el mensaje de Nazaret 193
3. Abrir la mano y el corazón 200

Capítulo VII	
DESDE EL MUNDO DEL OTRO	207
1. Alteridad e identidad	208
2. ¿Cómo heredar la vida eterna?	214
3. ¿Quién es mi prójimo?	219
4. Haz tú lo mismo	226
Capítulo VIII	
LA HUELLA DE DIOS EN EL ROSTRO DEL POBRE	233
1. La hondura del encuentro con el otro	235
2. Una doble universalidad	241
3. El prójimo, sacramento de Dios	250
 TERCERA PARTE:	
LA TRIPLE DIMENSIÓN DE LA OPCIÓN POR EL POBRE	257
Capítulo IX	
UN ESTILO DE VIDA	259
1. Caminar según el Espíritu	260
2. La mesa de la vida	266
3. Acordarse de Jesucristo	276
Capítulo X	
UNA HERMENÉUTICA DE LA ESPERANZA	287
1. Nuestra metodología es nuestra espiritualidad	288
2. El fundamento cristológico	297
3. En busca de un lenguaje sobre Dios	305
Capítulo XI	
LENGUA DE DISCÍPULO	315
1. Compartir el don del Reino	316

Gustavo ha recordado oralmente y por escrito, muchas veces, la frase de Juan XXIII del 11 de septiembre de 1962, un mes antes de la inauguración del Concilio: “La Iglesia se presenta como ella es y quiere ser, la Iglesia de todos, pero hoy más que nunca, como la Iglesia de los pobres”; y también, ya en el aula conciliar, la insistencia en la misma línea por parte del cardenal Lercaro. La evolución del Concilio ofreció pautas fundamentales en esa perspectiva, pero finalmente este sueño de una Iglesia de los pobres quedó como un horizonte abierto por recorrer. El Pacto de las Catacumbas de un grupo de padres conciliares, varios de ellos latinoamericanos, hizo suya esta orientación espiritual, teológica y pastoral. La Iglesia en América Latina abrió los brazos al Concilio de distintas maneras, sin embargo, es muy claro que en todos los países y en todos los ámbitos eclesiales -laicales, vida religiosa, presbíteros y obispos- hubo personas y grupos que tomaron la letra y el espíritu del Vaticano II con entusiasmo y entrega.

Buena prueba de ello es la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (Medellín -1968) con san Pablo VI pisando aquellas tierras. Entre los que prepararon y acompañaron Medellín estuvo Gustavo trabajando día y noche. Gustavo, otros teólogos y pastoralistas y muchos obispos, ya en un espíritu sinodal, tejieron en torno a esa experiencia eclesial una red de confianza y amistad que favoreció decisiones pastorales, documentos y reflexiones teológicas que marcaron, y siguen marcando, la identidad eclesial de América Latina y el Caribe.

En la Tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano que tuvo lugar en 1979, nuestro querido Gustavo estuvo muy presente tanto en los debates previos como durante el desarrollo de la Conferencia en la ciudad de Puebla, México. Gustavo mantuvo una clara línea de continuidad con Medellín, muy atento a la realidad social y eclesial, recordando siempre que la opción por los pobres es evangélicamente central en medio de antiguas y nuevas pobreza. Es justo, entre tantos y buenos obispos amigos de Gustavo allí presentes, hacer memoria de Mons. Germán Schmitz, obispo auxiliar de Lima-Perú, Mons. Proaño, obispo de Riobamba-Ecuador, Mons. Romero, arzobispo de San Salvador y hoy santo de nuestra Iglesia, y Mons. Hélder Câmara, arzobispo

de Olinda y Recife-Brasil, junto a muchos otros obispos queridos, y de todos los que facilitaron la comunicación de los equipos de teólogos y expertos, hombres y mujeres, con los participantes en la asamblea. En las conferencias de Santo Domingo (1992) y Aparecida (2007) Gustavo estuvo en conexión en el desarrollo de ambas. Prueba de este seguimiento fiel es su libro *De Medellín a Aparecida* (2018).

En el 2019 Gustavo vino a Roma para participar en el congreso “A los 40 años de Puebla” donde Juan Carlos Scannone, otro gran teólogo latinoamericano, reafirmó amistosamente que la Teología del Pueblo es una corriente dentro de la Teología de la Liberación. A lo largo de las décadas, muchos teólogos han respondido a la necesidad de una teología en perspectiva latinoamericana que se había iniciado en el inmediato postconcilio. Después del Congreso sobre Puebla, Gustavo prolongó su estancia en Roma para acompañar de cerca el Sínodo Amazónico. En continuidad con las grandes conferencias continentales, este sínodo fue un paso significativo en la toma de conciencia de las diversas realidades culturales, sociales y eclesiales de América Latina. Yo me encontré con Gustavo en esos días, pudimos expresar nuestro afecto mutuo y nuestra sintonía al compartir lo que habíamos vivido desde el Concilio y lo que lentamente se va abriendo paso en nuestros días en un espíritu sinodal. Él había reflexionado profundamente cómo lo local y lo universal se nutren mutuamente, y este Sínodo, en Roma, era para Gustavo una expresión de cómo muchas y diferentes iglesias locales provenientes de la Amazonia podían trazar los grandes sueños de una Iglesia amazónica que aprende a caminar, a evangelizar sinodalmente.

Los cuatro sueños que expreso en *Querida Amazonía* podrían ser también sueños de Gustavo. Manifiestan la vida de nuestras comunidades y los retos que tienen por delante:

Sueño con una Amazonia que luche por los derechos de los más pobres, de los pueblos originarios, de los últimos, donde su voz sea escuchada y su dignidad sea promovida.

Sueño con una Amazonia que preserve esa riqueza cultural que la destaca, donde brilla de modos tan diversos la belleza humana.

Sueño con una Amazonia que custodie celosamente la abrumadora hermosura natural que la engalana, la vida desbordante que llena sus ríos y sus selvas.

Sueño con comunidades cristianas capaces de entregarse y encarnarse en la Amazonia, hasta el punto de regalar a la Iglesia nuevos rostros con rasgos amazónicos.

La Conferencia de Puebla abrió un surco que llega hasta nosotros (n. 31-39): “Esta situación de pobreza generalizada, adquiere en la vida real rostros muy concretos en los que deberíamos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela... rostros de indígenas... afroamericanos... campesinos...”. En nuestros días siguen apareciendo nuevos rostros de la pobreza que no llegamos a reconocer. En este libro Gustavo insiste en ello porque tenemos la tentación permanente de pasar página, como si lo importante del mensaje de Jesús estuviera en otra parte. La iglesia está llamada a una visión sacramental de una sola historia; ahí se hace carne en el seguimiento de Jesús. Apunto a esto en *Querida Amazonía* (n. 6): “Todo lo que la Iglesia ofrece debe encarnarse de modo original en cada lugar del mundo, de modo que la Esposa de Cristo adquiera múltiples rostros que manifiesten mejor la inagotable riqueza de la gracia. La predicación debe encarnarse, la espiritualidad debe encarnarse, las estructuras de la Iglesia deben encarnarse”. Solo con los rostros de los pobres en el centro encontraremos un terreno común en el que podamos reconocernos mutuamente en la Iglesia, en el encuentro con las culturas en las que discurre nuestra vida de fe, en el cuidado de la creación y en el diálogo ecuménico e interreligioso.

Toda la reflexión de Gustavo nos ha llamado a estar atentos a los cambios innegables de nuestro tiempo, muchos de ellos positivos para la humanidad, incluso fascinantes, pero que tantas

nosotros y que nos acompaña. Es en el caminar con el Espíritu donde forjamos una teología sapiencial capaz de comunicar el amor de Dios que libera y da vida.

En sus últimos años, Gustavo, consciente de que no llegaría a dejar el libro listo para su publicación, entregó el texto para que lo editara al profesor Leo Guardado. Le agradezco el que haya estado cerca, como estudiante primero y posteriormente como colaborador, hasta el final de la vida de Gustavo. Es buena prueba de que esta teología sigue inspirando a nuevas generaciones de teólogos.

También quiero agradecer al equipo que ha colaborado cercanamente en la preparación del libro, especialmente al P. Luis María Goikoetxea Burutxaga del País Vasco-España; en Lima-Perú a la Dra. Carmen Lora, Lic. Pilar Arroyo, Sra. Gaby Berrocal, Sra. Itziar Lou Alarcón, al P. Andrés Gallego y al P. Pedro De Guchteneere; y en Roma al Cardenal Michael Czerny S.J., prefecto del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral.

Que el fruto de todo este trabajo sea un nuevo encuentro con el enriquecedor pensamiento de Gustavo, un gran teólogo de la Iglesia, y que nuestro querido Gustavo nos acompañe en nuestra fidelidad a Dios y los pobres.

“Dios de los pobres, ayúdanos a rescatar
a los abandonados y olvidados de esta tierra
que tanto valen a tus ojos...
Aliéntanos, por favor, en nuestra lucha
por la justicia, el amor, y la paz.”

Oración por nuestra tierra (Laudato Si')

+ FRANCISCUS

24 de marzo del 2025

Solemnidad de San Óscar Arnulfo Romero

Presentación a la edición mexicana

Este libro aparece en un tiempo marcado por profundas transformaciones culturales, económicas y religiosas, pero también por la persistencia —e incluso el agravamiento— de antiguas heridas humanas. En medio de un mundo atravesado por guerras, migraciones forzadas, exclusiones sociales, devastación ecológica y nuevas formas de descarte, Gustavo Gutiérrez vuelve a plantear la pregunta decisiva que recorre toda su obra: ¿cómo hablar de Dios desde el sufrimiento de los pobres y la esperanza de quienes resisten para salvaguardar la vida?

En ese horizonte, Ediciones Dabar publica esta edición mexicana, con el convencimiento de que el pensamiento de Gustavo Gutiérrez sigue siendo una referencia indispensable para quienes desean comprender y vivir la fe cristiana desde la justicia, la compasión y la esperanza. En un momento en que nuestras sociedades continúan enfrentando profundas desigualdades, esta obra constituye una invitación renovada al discernimiento y al compromiso.

Vivir y pensar el Dios de los pobres no es solamente una síntesis final de la reflexión teológica de su autor. Es, sobre todo, una invitación a mirar la realidad desde el reverso de la historia, desde aquellos sectores humanos que con frecuencia son invisibilizados por los discursos dominantes. En este sentido, el libro recupera uno de los grandes núcleos de la tradición bíblica y del Evangelio: el Dios de Jesús se revela en la historia concreta de los pequeños, de las víctimas, de quienes cargan el peso de la injusticia y, aun así, mantienen abierta la esperanza.

Las páginas que siguen recogen décadas de reflexión, diálogo pastoral, lectura bíblica y discernimiento histórico. En ellas,

Gustavo vuelve constantemente sobre las grandes intuiciones de la teología de la liberación para releerlas en un escenario distinto. Este nuevo contexto está marcado por la globalización económica, la fragmentación cultural, el debilitamiento de los vínculos solidarios y la expansión de nuevas pobreza. En México, estas realidades adoptan rostros específicos de violencia, desplazamientos forzados, exclusión de pueblos originarios y múltiples desigualdades. Frente a este panorama, el pensamiento del autor adquiere una resonancia particularmente significativa y nos ofrece criterios para habitar cristianamente el presente, ayudándonos a mirar la realidad desde la esperanza del Evangelio y desde la dignidad irrenunciable de quienes más sufren.

Uno de los aportes centrales del libro es recordar que la pobreza no constituye únicamente un problema social o económico, sino también un desafío teológico y espiritual. La opción preferencial por los pobres aparece no como un tema parcial ni como una preocupación circunstancial de la Iglesia, sino como una dimensión constitutiva del seguimiento de Jesús y de la inteligencia misma de la fe.

Pero esta obra va más allá de una reflexión sobre la justicia social. A lo largo de sus páginas, Gustavo Gutiérrez muestra que el compromiso con los pobres hunde sus raíces en una experiencia más profunda: el descubrimiento de un Dios gratuito, fuente de vida y de amor. La contemplación, la oración, la amistad con Dios y la confianza en su gratuidad articulan silenciosamente toda la reflexión, recordando que la transformación de la historia no puede separarse de la experiencia espiritual que la sostiene.

Encontrarán en estas páginas una profunda articulación entre Biblia, espiritualidad, reflexión teológica e interpretación histórica. Los relatos evangélicos, las parábolas, la memoria de las comunidades cristianas y la tradición profética se leen desde las preguntas concretas de nuestro tiempo. De manera particular, el libro insiste en la necesidad de aprender a reconocer el rostro de Dios en el rostro del otro, especialmente en quienes han sido

considerados «insignificantes» o «no personas» por las lógicas sociales contemporáneas.

Al mismo tiempo, esta obra amplía el horizonte clásico de la reflexión latinoamericana al dialogar con desafíos actuales como la pluralidad cultural y religiosa, las heridas coloniales aún abiertas, la destrucción de la casa común. Asimismo, incorpora la emergencia de nuevas voces provenientes de mujeres, pueblos indígenas, comunidades afrodescendientes y diversas periferias humanas y culturales. El libro asume con claridad una perspectiva situada desde el reverso de la historia y el mundo de los pobres, entendiéndolo como un lugar humano, espiritual y teológico para releer el Evangelio y discernir los signos de nuestro tiempo.

Leer este libro exige entrar en un ritmo distinto al de la inmediatez contemporánea. Gustavo Gutiérrez propone una lectura paciente, meditativa y contemplativa, capaz de unir el análisis crítico con la profundidad espiritual. Su reflexión no separa la experiencia de Dios del compromiso histórico, ni la oración de la búsqueda de justicia. Por eso, uno de los hilos conductores de toda la obra es la convicción de que «nuestra metodología es nuestra espiritualidad». La manera de pensar la fe está inseparablemente unida a la manera de vivirla.

En estas páginas no encontrarán respuestas simplistas ni consignas ideológicas. Encontrarán más bien una teología que se deja interpelar por las heridas de la historia y que, precisamente por ello, continúa afirmando la posibilidad de la esperanza; porque para Gustavo Gutiérrez, pensar el Dios de los pobres significa también creer que ninguna persona está fuera de la memoria de Dios y que toda vida humana posee una dignidad irrevocable.

Desde América Latina y el Caribe, y de manera particular desde el contexto mexicano, donde la fe sigue entrelazándose con los desafíos diarios de la justicia, la paz y la dignidad humana, este libro busca impulsar una Iglesia capaz de escuchar, acompañar y aprender. Al mirar las múltiples periferias del mundo contemporáneo, estas páginas recuerdan que la fe

Prólogo

Leo Guardado

En el recorrido de nuestras vidas vivimos momentos significativos cuya importancia sólo es perceptible mucho más tarde, cuando reflexionamos sobre el impacto de lo que en ese momento parece un trámite más. Mi encuentro con Gustavo Gutiérrez me ha marcado de por vida, y únicamente en retrospectiva empiezo a comprenderlo. En el 2006 conocí a Gustavo en una clase en la Universidad de Notre Dame. Entonces yo era un joven estudiante de maestría en teología que decidió cursar su seminario doctoral sobre Bartolomé de Las Casas. Este era uno de los dos seminarios de doctorado que Gustavo impartía regularmente, siendo el otro una clase titulada “Hacer teología hoy”, centrada en la naturaleza y misión de la teología. Me parece significativo que estas fueran las dos clases que Gustavo ofrecía. La primera, sobre una figura clave situada entre el mundo amenazado de muerte de las Indias y el mundo emergente de la modernidad europea; y la otra, una clase sobre método teológico. Ambas apuntaban a su seria preocupación y profunda esperanza en que los futuros teólogos y teólogas hicieran una teología que surgiera del acompañamiento y compromiso con la vida de los más excluidos.

Mi naciente amistad con Gustavo me ayudó a decidir que, después de la maestría, necesitaba entregarme a la pastoral. Lo hice trabajando en la frontera México-Estados Unidos con comunidades migrantes y con personas de fe y buena voluntad que las acompañaban. Los años siguientes me mantuve en relación frecuente con Gustavo, en 2013 empecé el doctorado y a trabajar con él como su asistente. En 2018 se jubiló y ese mismo año yo terminé mis estudios teológicos. Hasta su muerte en octubre de 2024 mantuvimos comunicación y colaboración frecuente, con varias visitas a Lima.

Desde mis días como estudiante con Gustavo yo sabía que él estaba escribiendo un nuevo libro, pero nunca le pregunté sobre ello por respeto a la privacidad de su trabajo. Él, sin embargo, compartía y me preguntaba sobre algún punto que estaba investigando. Muy posteriormente, Gustavo me dijo que durante años había querido que yo participara en la redacción del libro, pero que no quería cargarme con más trabajo. Sólo en ese momento le dije que durante años había estado interesado en ayudarle en su libro, pero que no me había atrevido a decírselo. Nos reímos y luego lamentamos la oportunidad perdida por no haber trabajado juntos el libro anteriormente. Cuando Gustavo me entregó oficialmente el texto, él ya no tenía fuerzas para continuar debido a su frágil salud.

El don y la oportunidad de haber trabajado tan estrechamente con Gustavo se ha convertido para mí en la responsabilidad de seguir compartiendo lo que él me transmitió. Ahora, como profesor de teología, imparto regularmente un seminario de doctorado titulado “Hacer teología con Gustavo Gutiérrez”, en el que leemos los libros de Gustavo. Es una manera de contribuir a mantener viva las esperanzas de Gustavo sobre el quehacer teológico.

En este último libro, Gustavo nos deja una recapitulación de muchos de los ejes centrales que han guiado sus preguntas y aportaciones teológicas. Es una inmersión en temas históricos y bíblicos que nos invita, como en la tradición monástica, a masticar el texto y extraer la sabiduría y conocimiento que encierra. Aquí profundiza y amplía una teología cristiana que responde a los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los seguidores de Jesús que se empeñan en forjar la inteligencia de la fe en el crisol de una historia siempre cambiante. La teología de Gutiérrez siempre ha sido –y sigue siendo– una confrontación con todo lo que quita vida a los pobres y una proclamación del amor universal de Dios. Esta relación intrínseca e indeleble entre el misterio de Dios y los pobres es el corazón del libro.

En este prólogo, en un primer momento analizaremos algunas de las principales intuiciones teológicas de Gustavo, empezando

Nota del editor

Gustavo Gutiérrez comenzó a escribir este libro a principios de la década del 2000 y continuó hasta aproximadamente el 2018. A finales del 2021 traspasó oficialmente la responsabilidad del libro a Leo Guardado. La mayoría de los capítulos estaban prácticamente terminados, pero alguno requirió un tratamiento mayor. Por ejemplo, el capítulo 12, que trata sobre el tema de la modernidad-posmodernidad y los pobres, estaba menos elaborado. Para la primera parte de este capítulo Gutiérrez había reelaborado textos anteriores, con la idea de escribir unas nuevas segunda y tercera parte. Lastimosamente, aparte de los esquemas iniciales, no llegó a terminarlas. Este capítulo se compuso con textos de Gustavo previamente publicados. En las notas a pie de página de dicho capítulo, los lectores pueden encontrar las fuentes que se usaron para completarlo. Una pauta clara para la edición ha sido que todo el libro corresponda a los textos y las palabras de Gustavo.

La finalización de las notas a pie de página tomó tiempo porque había que localizarlas en varios idiomas. Gustavo había dejado información básica sobre las notas, pero muchos detalles faltaban (editorial, año de publicación, páginas, etc.). Una lectura atenta hará ver que la bibliografía abarca un periodo que más o menos se cierra con la primera década de este siglo, con algunas excepciones. Esto no quita valor, sino que contextualiza esta obra en un periodo determinado.

Introducción

carne y hueso. Con frecuencia, de carne herida. Pero la cercanía personal con el otro no se limita al momento inicial, debe acompañar constantemente el proceso de una reflexión teológica que se niega a desprenderse de la vida cotidiana de los seres humanos. En particular, de los últimos y, muchas veces, víctimas de despojo y maltrato. El más grande desafío a la conciencia humana y a la fe cristiana y, por lo tanto, a la teología es el sufrimiento humano, de modo particular el sufrimiento del inocente.

La marginación y la insignificancia en que viven los pobres signan su vida y dibujan –literalmente hablando– sus rasgos faciales. Es una situación que viene de muy atrás, pero que ha adquirido una amplitud planetaria y una gravedad desconocidas hasta hoy, con las consiguientes repercusiones sobre la necesidad de construir una sociedad justa, respetuosa de los derechos y la dignidad de todos, un mundo en el que los olvidados sean reconocidos como lo que son: seres humanos. Todo ello incide en la raíz misma del modo de vivir, entender y presentar el Evangelio, buena nueva que no sólo postula el amor de Dios por toda persona, sino que afirma, con no menor nitidez y énfasis, que esa universalidad se vive partiendo de la predilección por los excluidos y los socialmente ‘insignificantes’.

La pobreza, y lo que ella acarrea, interroga a la conciencia de la humanidad que, pese a negligencias, intuye –y, a veces, proclama formalmente (no sin un cierto cinismo)– que todo ser humano tiene derecho a vivir en condiciones que aseguren su dignidad personal. Ese reto adquiere tonos propios en el momento presente, en el que muchos consideran que tiene lugar un radical cambio de época, algo que resulta deslumbrante para ciertos observadores. En esta hora se dan, sin duda, avances importantes en el campo de la ciencia, en el de la comunicación entre pueblos y personas, en la importancia de una convivencia democrática y en las condiciones de vida de algunos países. Pero, a la vez, se ha acrecentado de modo cruel e inaceptable la desigualdad social, lanzando a la marginación y a la exclusión a enormes franjas de la humanidad.

Ante esas realidades el seguidor de Jesús está llamado a preguntarse cómo vivir hoy el mensaje bíblico que nos advierte que en la vida y los rostros de los pobres debemos reconocer la faz de Cristo, revelador del Dios viviente². La memoria preferente de Dios por los oprimidos y postergados es un criterio de discernimiento y de compromiso frente a los hechos que constituyen severos retos a la vivencia del Evangelio. Ahondar en todo ello es el propósito de este ensayo.

MEMORIA Y TEOLOGÍA

Recordar es un tema y una advertencia que encontramos con frecuencia en el conjunto de la Escritura: “Recuerda que Yahvé te sacó de Egipto” (pássim), “para memoria suya” (Mc 14,9), “hagan esto en memoria mía”, “acuérdate de Jesucristo” (2 Tim 2,8), “sólo que nosotros debíamos acordarnos de los pobres” (Gal 2,10) son frases que se repiten, en esos u otros términos, en la Biblia. Apuntan y enlazan perspectivas que nos hacen ver que creer en el Dios de Jesús es hacer nuestra su memoria y expresarla en gestos concretos.

En la complejidad de esta hora —con sus novedades y sus lastres— estamos convocados a vivir y a dar testimonio del Evangelio de Jesús. Llamados a vivir la memoria de Dios en nuestro tiempo, ello nos permitirá percibir que en esta época se insinúan, también, nuevas y prometedoras pistas para la convivencia social, para la vida de fe y, por lo tanto, para el discurso teológico.

La memoria no es fijación al pasado. La teología, inteligencia de la fe, se hace siempre en correlación con la hora histórica y cultural por la que atraviesan los pueblos. Ella es, debe ser, la expresión de la conciencia que la comunidad cristiana toma de su fe en el Dios vivo en un momento dado de la historia. Lo menos que puede decirse de la circunstancia presente es que estamos ante el resultado de mutaciones importantes. Desconocerlas significaría

2 Cf., por cierto, el pasaje de Mateo 25, pero son muchos más los textos que van en el mismo sentido, los estudiaremos, más tarde, en el cap. VIII.

Primera parte:
LOS SIGNOS DE
LOS TIEMPOS

Capítulo I

EL SUR TAMBIÉN EXISTE

1. La irrupción del pobre
 - 1.1 Hacia una nueva conciencia histórica
 - 1.2 Un nuevo momento en América Latina y el Caribe
2. Con su pobreza auestas
 - 2.1 Irrupción de la vida cotidiana de los pobres
 - 2.2 ¿Un clima de euforia?
3. La configuración de una nueva situación
 - 3.1 Profundizar el acercamiento multidisciplinario
 - 3.2 En un amplio horizonte

La vigencia de la irrupción del pobre en el espacio internacional, y particularmente la forma que asumió en nuestro continente, es importante para comprender los retos que enfrentó, y enfrenta, la vida de la Iglesia en un tiempo decisivo de la vida de nuestros pueblos. Es una situación que llama a renovar los caminos del anuncio del Evangelio y la consiguiente reflexión sobre la fe. Ese es el contexto social y pastoral inmediato de la teología de la liberación, así como, también, de otras reflexiones presentes en el continente, como la teología india o indígena, feminista, negra, de orientación sexual y desde otras perspectivas que han dado, y dan, una invalorable contribución a la inteligencia y la práctica del mensaje cristiano en el Continente¹.

1 De esa nueva presencia de los insignificantes de la historia surgen igualmente, en otras latitudes, reflexiones teológicas que han enriquecido las nuestras. Pensamos, particularmente, en aquellas que provienen de África, Asia, de sectores pobres de los países ricos (especialmente las teologías negra y latina de Estados Unidos), de las diversas vertientes de la teología feminista, así como del Pacífico Sur, de las comunidades cristianas en el mundo árabe y desde las tradiciones judía e islámica. Una teología cercana a la latinoamericana es la que viene de la población hispana en Estados Unidos, reflexionada teológicamente

En un breve bosquejo veremos en *primer lugar*, cómo la situación de los últimos de la sociedad empezó a modificarse, germinal pero visiblemente, hace unas décadas. Diversos procesos y variadas circunstancias llevaron a que los pobres y olvidados, y en cierta manera ausentes de la historia, se hicieran cada vez más presentes en la escena mundial y en la de nuestro continente. Traían sobre sus espaldas la inhumana pobreza y la marginación en que vivían, pero también la voluntad de recuperar la memoria de sucesos y gestas de su propio pasado, así como de sus valores culturales y humanos que la historia escrita, la oficial, había dejado de lado, sea por desconocimiento o por empeño deliberado —de parte de los que la escribieron— de borrar esa memoria².

Estos hechos dieron lugar a un mejor conocimiento de la pobreza en que vivían, y permitieron dibujar con mayor precisión sus contornos y sopesar su complejidad. Nuevos análisis sociales fueron necesarios para precisar sus causas y, eventualmente, proponer soluciones, lo cual veremos en la *segunda* parte de este capítulo. *Finalmente*, consideraremos cómo de la participación de muchos cristianos en esta andadura llena de avatares, miembros o no de estratos sociales y culturales excluidos, surgió una nueva inteligencia de la inhumanidad de esa situación y un compromiso solidario con quienes la viven y sufren. Esto preparó el camino para ahondar, con tesón y discernimiento, tanto el sentido de la pobreza en la Escritura como la memoria de Dios por los marginados y oprimidos.

1. LA IRRUPCIÓN DEL POBRE

En los procesos históricos las fechas son, con frecuencia, aproximativas y convencionales. Estamos frente a situaciones de lenta fermentación. Sus prolegómenos son discretos, muchas

en los trabajos pioneros de V. Elizondo, cf. *Christianity and Culture* (Indiana, Our Sunday Visitor, 1975) y *Galilean Journey: The Mexican-American Promise* (Maryknoll, Orbis, 1983).

2 Un ejemplo claro de denuncia de ese olvido y de reivindicación de la memoria se halla, en el caso del Perú, en el informe de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación (2003).

veces no los comprendemos sino retrospectivamente. Nos parece necesario por ello hacer un breve recuerdo de los hechos más importantes que dieron lugar a lo que hemos llamado, desde años atrás, la *irrupción del pobre*. Vale decir, su nueva presencia en el devenir histórico de los países de América Latina y el Caribe, algo que sucede también, de un modo u otro, en la escena mundial. Son sucesos que repercutieron en la Iglesia del continente, gracias a la figura de Juan XXIII y la relación con los primeros pasos del Concilio³. Se abre paso así a una nueva percepción del pobre y la pobreza que convoca, simultáneamente, a un compromiso práctico y a una reflexión teológica.

1.1 HACIA UNA NUEVA CONCIENCIA HISTÓRICA

Hacia la segunda parte del s. XIX empieza una etapa, a escala mundial, de gran efervescencia social y política. Las razones son múltiples y, para muchos, conocidas. A mediados del s. XX varias de ellas vienen, por cierto, de décadas anteriores, pero se afirman en esos años: el crecimiento demográfico⁴, la urbanización, las corrientes migratorias, el desarrollo de la industria, la afirmación de los derechos humanos, la presencia de la clase obrera y sus organizaciones sociales⁵. A ello se sumó la creciente conciencia de la dignidad de los trabajadores. Esos hechos arrancaron importantes concesiones sociales de los gobiernos de entonces, especialmente después de la crisis económica de 1929.

3 Así lo ve Jean-Marc Ela: “La irrupción de los pobres es el acontecimiento de la historia contemporánea”, en *Fe y liberación en África* (Madrid, 1990). Y Felix Wilfred: “Supongo que el cristianismo del siglo XX será recordado por dos cosas: el Concilio Vaticano II y la irrupción de una nueva conciencia en la Iglesia respecto de los pobres”, en “Church’s Commitment to the Poor in the age of globalization”, *Vidyajyoti: Journal of Theological Reflection* 62 (1998), 79.

4 Éste es, para Hobsbawm, el cambio social más importante ocurrido en el siglo XX a nivel mundial, y constituye un factor relevante en lo que designamos como la irrupción del pobre. Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX* (Barcelona, Crítica, 1995), 347.

5 Organizaciones nacidas a la mitad del siglo XIX, que Juan Pablo II considera como “reacción contra la degradación del ser humano como sujeto del trabajo”, actitud plenamente justificada, y añade, “desde la óptica de la moral social” (*Laborem exercens*, n. 8).

Esta nueva presencia se hizo más intensa y beligerante después de la Segunda Guerra Mundial con la aspiración a la independencia de las situaciones coloniales vividas previamente en numerosos países del globo, sobre todo en Asia, África y, algo más tarde, en el Caribe.

Se operó así un cambio en el mapa político del planeta que tuvo importantes consecuencias⁶. Estos hechos jugaron un papel significativo en la creación y funcionamiento de las Naciones Unidas, nuevos países se fueron incorporando al concierto mundial y antiguas capas sociales y étnicas comenzaron a hacer oír su voz. Llegaban a la escena mundial, y también a nuestras conciencias, y lo han seguido haciendo. Traían la reivindicación de su propia identidad, la percepción del valor de sus culturas, su aspiración a la justicia social, la demanda del derecho a decidir su destino y, también por cierto, a la felicidad y a la alegría. Por otra parte, en plena guerra fría, y en la medida en que los bloques capitalista y socialista se asentaban, surgen países de Asia y África (más Yugoslavia) –representantes de la mitad de la población mundial– que se niegan a integrar dichos bloques o que comienzan a tomar distancia de ellos y tienen en 1955 una reunión en Bandung (Indonesia)⁷.

6 Algunas mentes alertas percibieron sus preámbulos en Europa. J. Ortega y Gasset, desde un ángulo muy especial, y con cierto tono de alarma, anota el fenómeno en *La rebelión de las masas* (1930). M.D. Chenu menciona, pocos años después, un texto de J. Maritain: “El acontecimiento capital del mundo moderno es la llegada de las masas a la existencia histórica” (*Lettre sur...* 1935), en *Peuple de Dieu ...* (1965) 102. El asunto tomó una mayor envergadura cuando, por diversas razones, entraron en escena las naciones pobres del planeta. En esa línea, Chenu propuso una lectura teológica de lo que llamaba “las masas, nuestro prójimo” (cf. “Les masses pauvres”, en *Eglise et pauvreté* (Paris, Du Cerf, 1965).

7 Dicha reunión tuvo en su día una inmensa repercusión y constituyó un jalón de primera importancia en cuanto a la presencia de los países pobres en el ámbito internacional. Siempre alerta a los procesos históricos, Dom Helder Câmara vió en esa conferencia un hecho que desafiaba a la conciencia cristiana. Varios países latinoamericanos se incorporarán posteriormente al Movimiento de los países no alineados (Belgrado 1961), que fue una de las consecuencias de esa conferencia.